

APILA ALPESINA  
MEXICANA

---

## José Morán.

(LOS MERODEADORES.)

### I.

## CHIHUAHUA.

El viajero que partiendo de algún punto del centro de la República se dirige á la Frontera del Norte, por el Estado de Chihuahua, atraviesa inmensas llanuras cuya vegetación, representada casi exclusivamente por espinos y cactus, contrasta de un modo notable con la feráz y exhuberantísima de nuestras costas.

La monotonía de este camino solo es interrumpida por el encuentro de tres magníficos y caudalosos ríos; el Nazas, el Florido y el Conchos, cuyos márgenes cubiertos de frondosos árboles y esmaltadas flores convidan al descanso al fatigado caminante.

Las escasas y poco importantes poblaciones que se hallan al paso, no ofrecen ningún atractivo y así se

avanza en medio de las penalidades de un viaje prolongado y molesto por los incómodos medios de transporte (1), hasta que al fin la vista fatigada de tal monotonía y aridez, descubre en lontananza, confundiendo con el horizonte y surgiendo, como un oasis en medio del desierto, extensas líneas de copudos árboles, agrupados y blancos caseríos, y descollando entre ellos á semejanza de altos minaretes, las parduzcas torres de sus templos. Es Chihuahua, la espléndida ciudad de los jardines y alamedas. La Odalisca arrullada por sus fuentes murmuradoras y por sus frescas brisas, cubriendo á veces sus encantos con tupido velo de nieve. La leona perezosamente echada en el desierto, pero despierta, velando por la integridad del territorio.

La ciudad de Chihuahua fué, poco después de su fundación, mucho más populosa que en la época en que se desarrolla nuestra historia, llegando á contar algo más de 30,000 habitantes.

Edificada en una vasta llanura, al pie de la sierra entre dos hermosas alamedas, la Antigua y la de Santa Rita, presenta calles espaciosas y rectas, edificios de aspecto elegante y hermosas plazas. Entre sus edificios descuella su magnífica Parroquia que, como obra arquitectónica, tiene muy pocas rivales en la República.

Este templo tiene su frente en el costado de la pla-

(1) En la época en que se escribía esta narración, aún no existía el ferrocarril que enlaza al país con los Estados Unidos, y que recorre el camino de que aquí se habla.

za principal que vé al N. E.; su longitud es de sesenta varas castellanas y su latitud de treinta y una. Su interior está decorado con orden dórico mutular, algo adulterado por haber sustituido á los triglifos unas medias cañas. Se compone de tres naves cerradas con bóvedas por arista; y sostenidas las de en medio por arcos peraltados. El colateral principal, las claves de todos los arcos y el adorno de la metopa, en el friso, todo es de gusto gótico.

Los dos colaterales de los cruceros son, lo mismo que el principal, de cantería y de orden dórico de Vitruvio; y otros dos pequeños altares construidos el año de 36 bajo las bóvedas inmediatas á los cruceros, son de orden jónico en el primer cuerpo y de compuesto en el segundo.

Los espacios comprendidos entre los cuatro arcos torales y la cúpula, están adornados con las figuras que representan el patrono (que lo es San Francisco de Asís) y el apostolado; y en el extremo superior se vé la carátula dorada del reloj, dentro de los adornos que antes contenían las armas del rey.

Tiene dos torres perfectamente iguales, cuya altura sobre las bóvedas de la iglesia es de treinta y una varas; y como estas se elevan veintiuna sobre el nivel de la plaza, aquellas resultan de una altura total de cincuenta y dos y media varas.

Se componen de tres cuerpos y una graciosa cúpula, que se construyeron sin arreglarse á ningún orden determinado; pero afectando mucho el dórico. Sobre

todo lo que hay que admirar en ellas, es la elegancia de su construcción, pues que su base cabe seis veces en su altura.

Un hecho curioso hay que referir relativamente á este templo: hecho que demuestra la riqueza minera de aquel Estado; y es, que ésta iglesia fué construída á espensas de un fondo creado de la pensión de “un real” por cada marco de plata que se extraía del mineral de Santa Eulalia, y que se exigió por espacio de sesenta años (hasta el de 1789) cobrando siete granos al gremio de mineros, y cinco al del comercio. Se cree que esa contribución llegó á producir la cantidad de ochocientos mil pesos.

## II.

### EL ENLACE.

La madrugada del día 25 de Marzo de de 186..... notábase en el interior del templo que acabamos de describir, inusitada animación.

El altar mayor estaba profusamente iluminado. Cerca de él se veía un sacerdote ricamente ataviado y á su lado un monaguillo cubierto con su túnica roja: frente á ellos un caballero elegante y apuesto, rigurosamente vestido de negro y una hermosa joven cubierta con rico traje de nívea blancura, llevando sobre su cabeza la simbólica corona de azahar. Completaban el grupo otras dos personas que apadrinaban el acto.

El sacerdote recitó algunas palabras, y haciendo enlazar las manos á los dos prometidos, dijo con acento solemne dirijiéndose al joven:—¿Recibis por esposa y compañera á Carmen C...?—Sí, la recibo, respondió el interrogado con firme acento. Igual pregunta hizo á la novia, repitiéndola tres veces, y la ceremonia concluyó con las bendiciones del sacerdote y el sacramental “ego os conyungo;” pero aún no acababan de espirar estas palabras cuando se oyó una voz que repercutió por todo el templo; aquella voz envolvía una amenaza y fué seguida de una blasfemia.

La joven, profundamente aterrorizada, se apoyó con fuerza en el brazo de su esposo. Este quiso lanzarse al lugar de donde la voz había partido; pero fué retenido por la joven.

Los grupos de concurrentes que en las naves presenciaban la angusta ceremonia, volvieron también la vista hacia el lugar donde aquel ruido se había producido; pero solo pudieron distinguir un bulto negro que salió precipitadamente de la iglesia, perdiéndose bien pronto en las solitarias calles. Sigámosle.

## III.

### REUNIÓN SOSPECHOSA.

Después de atravesar los barrios más céntricos de la ciudad, el misterioso personaje llegó á una casa de po-

bre apariencia, contigua al “Baño del Jordán.” Penetró en ella con paso seguro, como quien conoce perfectamente el sitio en que se halla, hasta entrar á una pieza interior donde tendidos en el suelo dormían nueve ó diez hombres. Examinolos por breves momentos y gritó en seguida: ¡Arriba todos! A alistarse para la marcha que ya amanece. Y tú, Martinez, agregó moviendo con el pie á un mocetón rollizo que estaba profundamente dormido y que despertó azorado por la brusca sacudida; tú apareja la mula, cárgala con los “aperos” y guía á los demás.

Dada esta orden, se dirigió á una desvencijada mesa que había en un rincón y vació sobre ella una gran bolsa repleta de dinero que bajo el brazo llevaba.

El argentino sonido de las monedas acabó de despertar á los que aún dormían, y á poco todos rodeaban al que con tanta esplendidez se anunciaba.

Nuestro hombre empezó á parar sobre la sucia tabla de la mesa tantas pilas de monedas cuantos hombres lo rodeaban, y dando á cada uno lo que le correspondía, les dijo:

—Esto que cada uno recibe ahora, es poco en comparación de lo que podrán ganar acompañándome con valor y lealtad. Se que cuento con hombres que nunca han conocido el miedo y que son incapaces de traicionarme; pero si un día alguno de los que están presentes nos vende, ¡juremos que morirá á nuestras manos!

—¡Lo juramos! dijeron todos.

—Ahora, añadió, en marcha y cada uno por su lado. No olviden que esta tarde al meterse el sol estaremos todos reunidos en “El Paso del Águila.”

Todos aquellos hombres salieron, dispersándose por diferentes puntos; el misterioso personaje salió el último.

#### IV.

#### DONDE SE SABE QUIÉN ES EL DESCONOCIDO.

El disco enrojecido del sol comenzaba á aparecer detrás de los agudos picos de la cercana sierra. A favor de la brillante claridad que sus rayos esparcían, pudo distinguirse en todos sus detalles á aquel hombre.

Era un joven que tendría, á lo más, veintiocho años de edad.

De elevada estatura y muy bien musculado, demostraba estar dotado de un vigor físico poco común.

Sus facciones estaban en perfecta armonía con el vigor de su cuerpo, formadas por rasgos acentuados y enérgicos; los labios prominentes, la nariz algo gruesa y un tanto levantada, los ojos de mirada viva y profunda, imprimían á aquella fisonomía, no sé qué de atrevido é imponente á la vez que algo de repulsivo.

Vestía pantalón y saco de casimir de color oscuro; chaleco de paño negro con gruesa leontina de oro; llevaba sombrero aplomado de ancha falda y calzaba botas de piel fina y relumbrante.

Su actitud era arrogante y desembarazada, llevando aquel traje con la soltura del que esta acostumbrado á vestir bien.

Llamábase José Morán, y pertenecía á una opulenta familia de Chihuahua (1.) Siendo muy joven fué hecho cautivo por los indios bárbaros en una de las haciendas de su padre, permaneciendo con ellos cinco ó seis años hasta que fué rescatado y devuelto á su familia que, desde luego determinó enviarlo á un colegio de los Estados Unidos del Norte. Allí creció José adquiriendo muy escasa instrucción pues más le agradaba el caballo, que manejaba con rara habilidad, que los libros; y más lo entretenían las armas que los cálculos ó las ecuaciones.

De carácter voluntarioso é indomable, entregábase á verdaderos accesos de furor cuando sus maestros le contrariaban. No parecía sino que aquella parte de su vida, pasada en continuas correrías por los áridos desiertos ó las escarpadas montañas, había impreso en su carácter un sello de salvajismo que ninguna educación era capaz de borrar y que jamás debería abandonar.

Un día, después de otro año de permanencia en los E. U., salió del Colegio y tomó el camino de Chihuahua adonde llegó, asegurando á su familia que nada era capaz de hacerlo volver. Sus padres se vieron en

(1) El apellido de este personaje, que tiene mucho de histórico, no es Morán; pero el autor ha creído deber sustituirlo por existir aún algunos miembros de esa familia (N del A.)

la necesidad de ceder y desde entonces aquel joven llevó una vida de crápula, derrochando sin poderlos agotar, los cuantiosos bienes de su padre.

Cierta ocasión vió en una tertulia á una hermosa joven llamada Cármen C...y se enamoró violentamente de ella. Con la impetuosidad de su carácter le declaró inmediatamente su pasión; pero su declaración no fué escuchada, y cuantas tentativas hizo en ese sentido alcanzaron el mismo éxito: la repulsa más absoluta. Esto, sin embargo, no lo hacía desistir de su empeño.

Proponíase llegar á su fin, cualesquiera que fuesen los medios. Aquel hombre, henchido tan solo de pasiones turbulentas y desenfrenadas no debía, como en seguida veremos, detenerlo nada, ni aún el crimen.

## V.

### LA QUINTA DE SANTA ELENA.

Don Carlos Moye, estimable caballero alemán que desempeñaba el cargo de Cónsul de los Estados Unidos del Norte en la ciudad de Chihuahua, acababa, en la época á que nos venimos refiriendo, de construir una hermosa quinta en uno de los más pintorescos alrededores de la población; y siempre galante, la había bautizado con el nombre de su bella esposa Doña Elena Cuitly.

La quinta había sido edificada en uno de los lados

de la antigua alameda, cuyos árboles la cubrían con su sombra. Situada la casa en medio de un ameno jardín, que rodeaba una verja, parecía una de esas quintas inglesas en que la luz y las flores constituyen el principal adorno. Los aposentos estaban distribuidos y adornados con verdadero gusto. Había allí todas las comodidades que pueden disfrutarse en el campo. El saloncito de recibir adornado con sencillez que no excluía la elegancia; otro salón de mayores proporciones que en caso ofrecido se habilitaba para el baile; un pequeño gabinete de lectura conteniendo libros que denunciaban la cultura ó ilustración del dueño; y afuera, en el jardín, algunos espaciosos cenadores.

En esta elegante quinta recibían sus dueños, con bastante frecuencia, á lo más florido de la sociedad de Chihuahua, y sus tertulias, como es de suponerse, eran concurridas y animadísimas.

El día 4 de Noviembre de 186..... habían invitado para un día de campo en la quinta, y en el programa no se había olvidado el baile que, como casi todos los que se organizan en aquella parte de la frontera, debía ser alegre y espléndido.

La anunciada fiesta tenía por objeto solemnizar el cumpleaños del dueño de la finca, y sus numerosos amigos no faltarían por ningún motivo: nadie faltó en efecto. A las once de la mañana de ese día, la casa estaba llena, brindándose con entusiasmo por el amable comensal y por su simpática esposa que con exquisita cortesía, hacía los honores de la casa. Todos estaban

allí en completa libertad; algunos leían, otros jugaban, muchos discurrían por el jardín ó formaban corrillos dentro de los frescos cenadores.

La tarde se pasó entre los animados brindis y los armoniosos acordes de la música. Llegó la noche y todos se dirijieron al salón, donde ya la orquesta preludiaba la ceremoniosa é indispensable cuadrilla: el baile empezó. En el salón se ajitaban caballeros y señoritas con verdadero placer y entusiasmo. Las alegres risas, las animadas conversaciones, el ruido que hacían al saltar hasta el techo, los tapones de las botellas del espumoso Champaña, el movimiento uniforme de las cabezas al compas de la danza, los mal reprimidos suspiros....., las ardientes miradas que los amantes se cruzaban.....; todo daba al baile un colorido de animación y vida, que solo en aquella tierra se encuentra.

Las hermosas jóvenes ostentaban en el salón sus esbeltos talles y sus trajes elegantes á la vez que sencillos. Las bellas Chihuahuenses, tienen el don intuitivo de vestir con inimitable sencillez y la esbeltez, donaire y gallardía que les son naturales, hacen que por todas partes se las admire.

Entre aquella concurrencia se encontraban José Morán y Carmen C.....

Carmen estaba bellísima. Llevaba un rico traje de raso color rosa pálido adornado de flores rojas, que hacía resaltar la sonrosada blancura de su tez. Su tocado era sencillo; el óvalo de su rostro, perfecto; sus labios,

rojos y frescos; los ojos grandes y azules, estaban sombreados por rizadas pestañas: en su frente, pálida y tersa, caían algunos rizos de su abundante y rubia cabellera.

Apoyábase en el brazo de un apuesto joven, al que dirigía amables sonrisas é intensas miradas. Este joven era su prometido y se llamaba Carlos. . . . . Mucho tiempo hacía que los dos jóvenes se amaban, con beneplácito de sus padres, que aprobaban aquel cariño mútuo. Por indicaciones de estos, el enlace debía verificarse dentro de breve tiempo.

José Morán veía á la feliz pareja con furor reconcentrado procurando ahogar su despecho con repetidas libaciones. En un momento en que Cármen quedó sola, José se acercó á ella y le dijo, medio ébrio por el vino y los celos:

—Por última vez, Cármen, escúchame y olvida el amor de ese hombre á quien me has hecho odiar desde que sé que lo amas. Dime que serás mía ó, á lo menos, que no serás de otro. . . . .

—Nada te autoriza para hablarme así, respondió Cármen. Jamás te he dado ni la más remota esperanza, porque mi corazón no es libre. Por última vez te digo que lo amo y que nada me hará renunciar á él.

—¿Ni aún el temor á la muerte?

—Ni aún la muerte misma.

—Piensa que mi venganza será terrible. . . . .

—Te vuelve loco el vino. . . . .

—Podrá ser; más te juro que si te unes á ese hombre, los dos moriréis.

Cármen tembló al escuchar las últimas palabras. José se retiró lanzándole miradas amenazadoras.

La aurora del día siguiente, vió terminar la alegre fiesta; la concurrencia comenzó á volver á la ciudad, sustituyéndose el silencio á la alegre animación que momentos antes reinaba en la quinta.

Un mes después, se celebraba el enlace de Carlos con Cármen, al que nuestros lectores han asistido. Sin duda no habrán olvidado las amenazadoras palabras que José Morán lanzó en el templo, turbando la augusta ceremonia.

## VI.

### EL PASO DEL ÁGUILA.

En un lugar, el más escabroso y sombrío de la cordillera de altas montañas que cual la espina dorsal de un enorme cetáceo, se avanzan hacia la vasta llanura en que se asienta la ciudad de Chihuahua, hay un profundo desfiladero flanqueado por elevadísimas rocas que parecen cortadas á pico: el lugar parece inaccesible á la planta del hombre. Al oír zumbar el viento por el estrecho y tortuoso cañón, y al ver perderse entre las nubes los agudos filos de sus rocas, se supone uno, desde luego, que solo el águila audaz puede plantar sus nidos y posar sus garras sobre aquellas empinadas cimas.